

El poder sanador de ungir con aceite

Dick Benner

La exhortación de Santiago a que los enfermos llamen a los ancianos para que los unjan con aceite (Sant. 5,14) siempre me ha parecido —lo confieso— un poco ritualista, casi diría que primitivo. No es que dudara de la autenticidad de esta antigua usanza de emplear el aceite como agente terapéutico para recobrar la salud. Pero de todas maneras me parecía que ungir con aceite funcionaba como el triste último recurso de personas desesperadas que intentaban eludir los zarrazos del dolor y el sufrimiento, incluso de la muerte.

Ese estereotipo no se me quitaba de la mente. No me libraba de él incluso ahora, con una delicada intervención quirúrgica por delante, de cáncer de colon y próstata.

Entonces todo cambió. La amabilísima persuasión de nuestra pastora adjunta, Bárbara Moyer Lehman, penetró mi testarudez.

—Vamos, que no estoy enfermo —le decía—. Soy un sobreviviente de cáncer desde hace 43 años, y ahora que vuelvo a enfrentarme a la enfermedad, sigo sintiéndome fuerte y afortunado por haberla descubierto en sus etapas muy iniciales. Realizamos las investigaciones oportunas y hallamos los mejores tratamientos, acabando en manos de un equipo de cirujanos expertos en el Centro Médico Sloan-Kettering, de la ciudad de Nueva York. Tengo una familia que me

quiere y el apoyo de dos grupos de personas allegadas. Están orando por mí los hermanos de la iglesia y mis colegas en la universidad. ¿Qué más puedo necesitar?

Bárbara no me presionaba pero me visitaba frecuentemente para ver qué tal me iba, y volvía a mencionar en cada visita la posibilidad de que me ungiesen con aceite «cuando tú quieras».

—¿Y por qué no? —me dije al final. Decidimos que me unguiría acompañada de un grupo pequeño de la iglesia un domingo, cinco días antes de mi operación. Rodeado de mis hijas, mi yerno, mis nietas (de 8 y 11 años), amigos de la iglesia, mi grupo casero y el equipo pastoral de la iglesia, sentí un extraño poder en el aceite que Bárbara me derramó cariñosa-

Nunca antes había sentido que me estrechasen y apretasen con tanta fuerza los vínculos del amor de mis hermanos y hermanas.

mente. Bárbara pidió que todos me tocaran —a mí o a alguien que me estaba tocando— mientras oraba que Dios me concediese curación y salud. Me resultó profundamente transformador, una experiencia que jamás olvidaré. Fue el poder de la oración en su dimensión más potente. Era la comunidad de la fe en su momento más sublime. Nunca antes había sentido que me estrechasen y apretasen con tanta fuerza los vínculos del amor de mis hermanos y hermanas. Sus oraciones fueron concretas y personales. Algunos me reconocieron en sus oraciones como un don para la comunidad.

Al parecer fue una experiencia conmovedora para todo el grupo. Compartiendo después de concluir la unción y las oraciones, una persona observó que lo había vivido como una respuesta espontánea, «no institucional», ante la necesidad de un compañero en la fe. Otra persona comentó que le resultó un recordatorio importante de que todos somos mortales.

Por encima de todo, sin embargo, hubo cosas importantes que me sucedieron a mí con esta experiencia. Ja-



También en este número:

Dimensiones de la paz	2
Seguir a Cristo <i>no religiosamente</i>	4
Noticias de nuestras iglesias	7
El libro de Éxodo	8

más olvidaré las palabras de Phil Kniss, que leyó en Santiago 5,15-16: «...y si ha cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados». ¡Qué afirmación más impresionante! En el acto de ungir con aceite no sólo serían quitadas mis propias cargas de pecado sino las de todo el grupo que me rodeaba. La redención para todos los presentes, aquí mismo y ahora. Vamos, que quita el aliento. Todos mis conflictos hasta ese momento con la iglesia, con la familia y con la comunidad, desaparecían. Quedaba en libertad. Era un hombre entero. Podía volver a confiar. Todo esto me inundó como un torrente de agua purísima.

Nadie me quitará el convencimiento de que mi recuperación rápida después de la cirugía se debió directamente a mi unción, con todas sus dimensiones tan amplias. Hoy le recomendaría la unción con aceite a cualquiera —a todos— como signo de la plenitud de curación y esperanza que es posible alcanzar en el seno de nuestras iglesias.

—Dick Benner es periodista y profesor adjunto de comunicación en una universidad en Virginia, EE.UU. Este artículo fue traducido con permiso por Dionisio para El Mensajero, del semanario Mennonite Weekly Review, de 7 febrero 2006.

Las dimensiones de la paz en situaciones de conflictos cotidianos en la sociedad

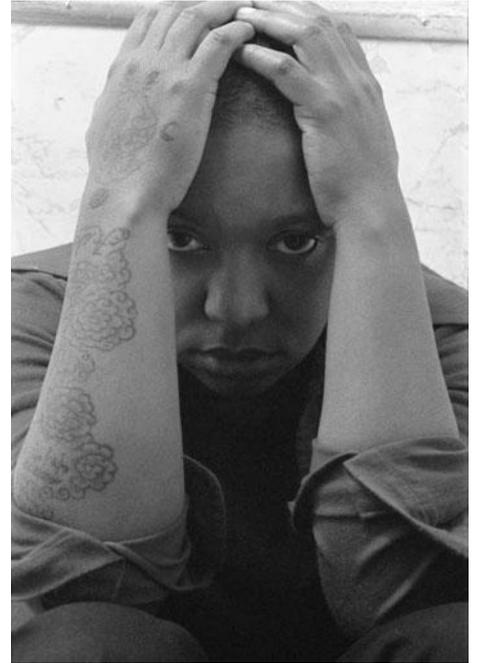
José Luis Suárez

Pensé que había habido algún accidente. Pero pude comprobar que se trataba de dos jóvenes apaleando a un tercero, de procedencia árabe. Más tarde supe que eran dos belgas atacando a un argelino. Nadie intervenía.

Deseo, en esta ocasión, compartir una experiencia personal en una situación de violencia en la que lo personal y lo comunitario estuvieron presentes, para así poder analizar los elementos que intervienen en su tratamiento. Aunque es una historia personal, aparecen en ella principios de acción para posibilitar el fin de la violencia.

Hace algo más de dos años, participé en un *symposium* internacional sobre mediación en Bruselas. Una mañana, al salir del metro hacia una plaza céntrica de la ciudad, observé que todo el mundo estaba parado, mirando en una dirección. Pensé que había habido algún accidente. Pero pude comprobar que se trataba de dos jóvenes apaleando a un tercero, de procedencia árabe. Más tarde supe que eran dos belgas atacando a un argelino. Nadie intervenía. Al contrario, cuando el joven que estaba siendo atacado en su intento de huir se acercaba a la gente que le observaba, las personas se apartaban. Se encontraba en el suelo, recibiendo patadas y puñetazos, sangrando.

Sin detenerme a pensar mucho, decidí intervenir. Con firmeza, me acerqué a los jóvenes atacantes que se



quedaron sorprendidos al ver mi determinación. Intenté hacerles entender que no iba a enfrentarme a ellos, así que les miré y pregunté, con voz tranquila, la razón que les llevaba a pegar al otro joven. Uno de ellos, gritando intentó explicármelo, mientras su compañero no dejaba de pegar al otro. Decidí tomar por el brazo al que no dejaba de atacar, intentando comunicarme con él a través del contacto físico. Rápidamente observé cómo una persona se acercó en mi ayuda, luego otra, y otra, y así, hasta ocho o diez personas. Entre todos logramos que la agresión finalizara.

Uno de los atacantes salió corriendo, mientras una de las personas que me ayudó se encaraba al otro joven para pegarle, junto a dos o tres más que se le unieron. Como pude, me puse en medio para impedirlo e intentar recibir una explicación de lo ocurrido. También otras personas se unieron a mí en aquel momento. Otros se habían acercado al joven argelino para ayudarlo. Al fin, el joven, muy excitado, nos dio una explicación. Los dos jóvenes pertenecían a la misma familia, la cual tenía una frutería. Cada mañana, el joven argelino, colocaba su ca-

mión delante de la tienda para vender su propia fruta, que podía dar más barata, al no pagar ningún tipo de impuestos. Entonces, los jóvenes perdían clientes y vendían menos fruta.

Llegó la policía y empezó a interrogar a todos los que se habían visto implicados en la pelea. Yo expliqué a los agentes que al día siguiente regresaba a Barcelona, así que no podían contar conmigo para cualquier gestión más allá de aquel mismo día. Al oír esto, el joven argelino me gritó que me quedara para explicar cómo le habían pegado y que la historia no era tal como el otro joven había explicado.

Algunas observaciones en relación a esta experiencia y que responden a la pregunta: ¿Qué podemos hacer en situaciones de este tipo de violencia?, dándonos algunas claves para actuar desde la paz, ante una situación como esta...

1. Toda acción por la paz debe ser, siempre, positiva y activa. No es suficiente con decir no a la guerra, no a la violencia. El compromiso por la paz debe traducirse en acciones concretas, en las que nadie es considerado como enemigo, manifestando un constante respeto por el otro, incluso por el que ejerce la violencia.

Toda acción por la paz empieza por una persona que toma la iniciativa. El «debemos» o «tenemos que», debe ser remplazado por el «debo» o «tengo que». El compromiso por la paz empieza en uno mismo.



2. Toda acción por la paz empieza por una persona que toma la iniciativa. No debe esperarse una acción comunitaria en este momento. El «debemos» o «tenemos que», debe ser remplazado por el «debo» o «tengo que». El compromiso por la paz empieza en uno mismo. En todas las tradiciones espirituales, se reconoce que la paz tiene que existir en el corazón y ser vivida de forma personal antes que pueda existir en el mundo externo.

3. Acercarse a aquél o aquellos que ejercen violencia es fundamental para conseguir que se ponga fin. Debe buscarse este acercamiento lo más próximo posible, aunque suponga un peligro. Apostar por la paz lo exige, y aquel que decide emprender este camino, debe conocer los riesgos. Acercarse al otro, en la teología cristiana, es la encarnación; tal y como dice el texto bíblico refiriéndose a Jesús: «La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros». Sólo en esta cercanía el otro puede captar la intención de paz con la que uno se acerca.

4. La mirada y el contacto físico son dos elementos con una fuerza y un poder inimaginables en la comunicación humana. De nuevo, en la teología cristiana, la mirada de Jesús, nos impresiona. ¿Qué tenía su mirada para que al decir «sígueme» a un pescador, éste abandonara todo y le siguiera? ¿Qué tenía su

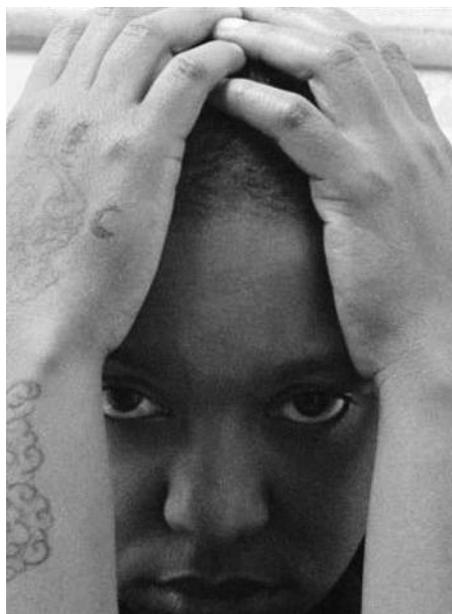
mirada que, ante ella, Zaqueo deja de ser ladrón y recaudador para seguirle? Si podemos mirar a aquel que está ejerciendo violencia, expresando que hay otra forma de resolver los conflictos, nos quedaremos sorprendidos del poder de nuestra mirada. Si a la mirada podemos añadir el contacto físico, obtendremos una fuerza mayor que toda la violencia que el otro está ejerciendo. El contacto físico también tiene una lectura teológica en la tradición cristiana. En las curaciones, para Jesús era muy importante tocar a la persona, para poder transmitirle el poder que tenía.

5. En toda búsqueda de paz y diálogo, las acusaciones no ayudan para nada y las preguntas son claves: ¿Qué ha pasado? ¿Por qué le pegas? Son preguntas que hacen que el otro entre en un diálogo que permitirá, más tarde, buscar una solución. Juzgar, levantar la voz para hacer ver al otro su equivocación, sólo provocaría más violencia.

6. Cuando se da el compromiso personal, la cercanía, el respeto y la búsqueda del diálogo, podemos esperar el milagro comunitario. Sin embargo, hay que tener en cuenta que muy a menudo la acción comunitaria debe ser reconducida; porque la mayoría, al darse cuenta de su fuerza, puede ejercer su propia violencia sobre aquel que antes era el fuerte.

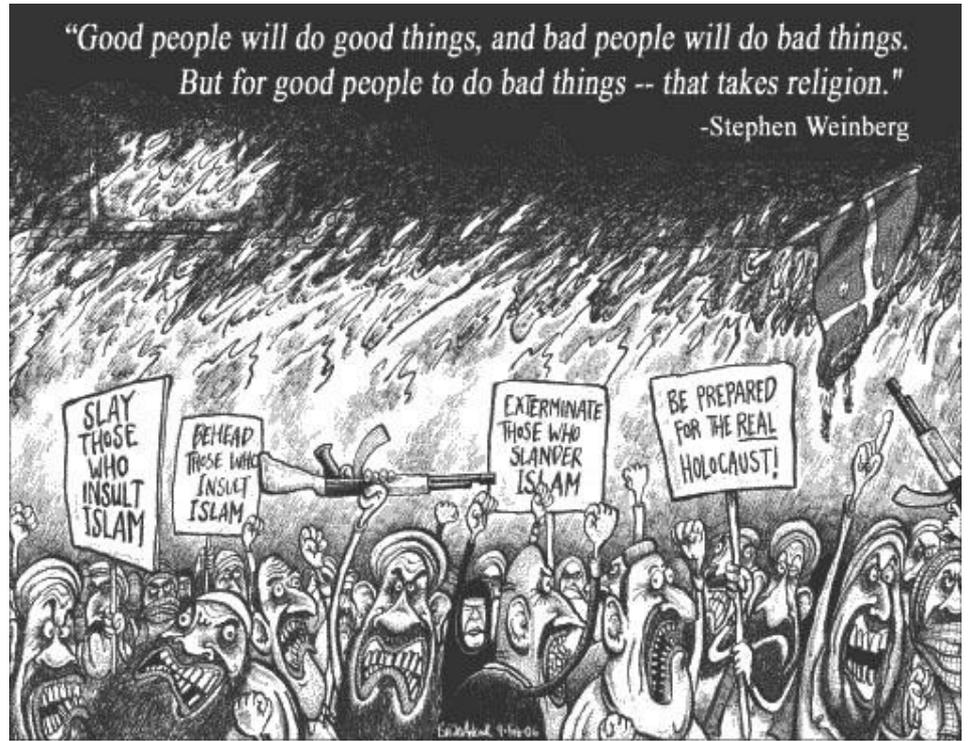
7. En la experiencia compartida aquí, quedó una tarea por hacer. No basta con que la pelea termine. La paz habla de buscar solución a una situación de injusticia y muy a menudo, desde esa visión, no siempre la vía policial o judicial es la mejor solución.

«Felices los que hacen la paz» (Mateo 5:9).



Seguir a Cristo, pero no *religiosamente*

La viñeta muestra un grupo de árabes enardecidos de rabia, con pancartas que ponen: «A matar a los que insultan el Islam»; «A degollar a los que insultan el Islam»; «A exterminar a los que difaman el Islam»; «A prepararse para el holocausto de verdad». Sobre la escena, el caricaturista escocés Brian Adcock escribe la cita atribuida a Stephen Weinberg: «Las personas buenas hacen el bien y las personas malas hacen el mal. Pero para que las personas buenas hagan el mal —para eso hace falta religión».



No considero que sea un ataque contra el Islam sino más bien contra el fenómeno religioso en general. No sé quién es o fue Stephen Weinberg; el apellido judío me indica que quizá el contexto original de esa cita sea una reflexión sobre cómo los cristianos hemos tratado a los judíos. Desde luego, el Islam no destaca por las maldades que inspira en la gente buena que lo practica. Ni tampoco, dentro del cristianismo, destacan en ello los católicos por motivo de la Inquisición, de siglos pasados.

En las colonias inglesas de Norteamérica a principios del siglo XVIII, un joven empezó a predicarles el evangelio a los indios y los halló dispuestos a abandonar las armas y aceptar el mensaje de paz de Jesucristo. Cuando se enteraron sus vecinos, todos ellos piadosos evangélicos puritanos, atacaron el poblado indio y mataron a todos, hombres y mujeres, ancianos, niños y bebés; no sea que alguno de ellos se bautizara y hubiera que empezar a tratarlos como a cristianos. Al pretendido misionero le perdonaron la vida moliéndole los huesos con una buena paliza, con lo que escarmentó y se dedicó a otros ministerios menos controvertidos.

La ironía de la exigencia vocingleramente de tolerancia con que se han estado amotinando los musulmanes por motivo de las caricaturas de Mahoma, es que la gente religiosa —da igual cuál religión— suele conocer y practicar todas las virtudes humanas menos precisamente esa, la de la tolerancia.

Hace algunos meses mi hermana y cuñado me regalaron un libro que me resultó absolutamente fascinante. Se trata de *Armas, Gérmenes y Acero*, por Jared Diamond (Ed. Debate, 2004) y tanto me cautivó su lectura que mi familia, que normalmente tolera bien mis reflexiones sobre todo tipo de temática surgida de mis lecturas, ya da muestras de claro aburrimiento cuando arranco a volver a disertar sobre, por ejemplo, la importancia del trigo para que hace miles de años naciese la civilización humana.

Según Diamond, una de esas cosas que son consustanciales e inseparables del fenómeno de la civilización humana, es precisamente la religión. Los grupos sociales que viven de la caza y recolección de frutos silvestres, por las propias exigencias de ese modo de vida, viven en grupitos muy pequeños y aislados unos de otros. Tie-

nen sus supersticiones y rituales y creencias sobre el mundo de las sombras, desde luego, pero no tienen una religión formal como tal. La propia figura del sacerdote y la construcción de templos requieren ese mínimo de estructura social —que generalmente depende de la existencia del sedentarismo y la agricultura— donde unos se dedican a labrar la tierra mientras otros se dedican a diversas artesanías, a defender de sus enemigos a la población... o a servir a los dioses.

Las personas «primitivas», sin civilización ni religión, jamás se prestan voluntarios a morir por una causa abstracta, como la patria o la religión. Prefieren rendirse, transigir, dejarse dominar, aguardar tal vez el momento oportuno para vengarse a traición sin jugarse la vida. Pero para poner la vida como soldado de un país o como terrorista suicida hace falta ser religioso. Es el ingrediente necesario e indispensable para que las personas buenas hagan el mal a nivel impersonal.

En los albores de la civilización, entonces, hace unos trece mil años, nacen en paralelo tres instituciones: la agricultura y ganadería, el gobierno y

las castas militares, y la religión y las castas sacerdotales. Estas dos suelen estar compuestas por las mismas familias dominantes, que viven de lo que consiguen arrebatar a toda la sociedad mediante las armas y el miedo a los castigos divinos. Los dioses son siempre aliados naturales de los que mandan y éstos mandan por delegación divina. La pirámide social es rigurosa e inflexible y empieza con los dioses en la cumbre. Los gobernantes se hallan inmediatamente debajo de los dioses, cuya voluntad cumplen y hacen cumplir. Y al pie de la pirámide hallamos las enormes masas populares de agricultores y ganaderos más o menos libres... y de esclavos.

Este es el estado de la religión y la civilización hace tan poco como dos o tres mil años, cuando los relatos bíblicos. Se ve en lo que la Biblia cuenta acerca de la sociedad egipcia y cananea antes de que apareciera Israel. Se ve en lo que cuenta sobre las sociedades babilónica y persa, griega y romana posteriores a los reinos de Israel y Judá. Y se ve también —aunque con ciertas atenuantes muy interesantes— en los siglos de existencia de la dinastía de David.

De ahí que la figura de Moisés sobresalga entre los personajes más destacados de toda la historia de la humanidad. Porque por medio de él, según la Biblia, Dios emancipó a los esclavos de Egipto y con ellos creó un nuevo modelo de sociedad. En la so-

Si pretendemos ser cristianos, entonces, hemos de seguir a Jesús. Pero no religiosamente, sino con sencillez y humildad. Reconociendo que todo lo que sabemos o pensamos saber, todo lo que experimentamos y vivimos en relación con Dios, se manifiesta como legítimo y conforme al Espíritu de Cristo en esto: en que nos lleve a ver al prójimo como lo veía Jesús.

ciudad ordenada por la Ley de Moisés, todos eran hermanos e iguales. En lugar de instituciones de dominación existían asambleas populares. Y en lugar de templos de piedra, las festividades religiosas se asemejaban más a romerías festivas que a eslabones en una cadena de mando cuyo fin es subyugar a la población para beneficio de unas pocas familias.

De ahí también lo enojosa que resultaba la figura de Jesús para las autoridades de su día. Jesús no necesitaba atacar de frente a los poderosos con las mismas armas y la misma violencia que emplean ellos. Sencillamente confrontó a los defensores del orden, de la religión y de las buenas costumbres, con la superioridad moral de su persona y de sus conductas. La superioridad moral de este rabino judío no violento sembró el pánico entre los líderes religiosos y económicos, civiles y militares. Las autoridades, esa buena gente que se jugaba el tipo y dedicaba sus esfuerzos a defender a la sociedad de enemigos y subversivos, de dioses airados y desastres naturales, no tuvo más remedio que matar a Jesús. Como lo dijo con tanta sabiduría y lógica Caifás, defendiendo lo que es bueno y justo, noble y religioso: «Conviene que muera un solo hombre y no toda la nación».

La sociedad religiosa y las personas religiosas pueden ser tolerantes de muchas cosas. Pero jamás podrán tolerar que se ponga en tela de juicio los fundamentos esenciales de su sistema de creencias. El sistema de creencia religioso —no importa cuál religión— fomenta siempre esas virtudes personales y «civilizadas» que hacen que las personas se comporten en general con respeto, bondad y altruismo. En ese sentido la religión crea «personas buenas». Pero fomenta también una violenta intolerancia de fondo contra todo lo que ponga en evidencia que su sistema de valores es retorcido y perverso, injusto y egoísta... y en el fondo idólatra. Porque divinizando a los dioses se acaba deshumanizando a los humanos. Mientras que Jesús —el Hijo de Dios— entregó su vida por la humanidad.

Jesús, entonces, fue el máximo precursor del ser humano no religioso, de la clase de persona capaz de poner

Jesús jamás recurrió a la religión como argumento para la intolerancia, para enseñar el desprecio y el odio a musulmanes ni a occidentales, ni a mujeres ni a inmigrantes, ni a gays y lesbianas, ni a drogadictos ni a terroristas. Jesús veía en el prójimo siempre eso y nada más: su prójimo. Y su especial relación con Dios jamás le sirvió como motivo para el desprecio ni como excusa para el mal.

al prójimo por encima de los dioses. Criticado como amigo de pecadores y maleantes, traidores y prostitutas, pecadores, pastores y gentuza del populacho, consideró más honrosa su amistad que la de los que contribuyen con sus desvelos y con su mismísima sangre a la paz y el bienestar de la sociedad. Jesús jamás recurrió a la religión como argumento para la intolerancia, para enseñar el desprecio y el odio a musulmanes ni a occidentales, ni a mujeres ni a inmigrantes, ni a gays y lesbianas, ni a drogadictos ni a terroristas. Jesús veía en el prójimo siempre eso y nada más: su prójimo. Y su especial relación con Dios jamás le sirvió como motivo para el desprecio ni como excusa para el mal.

Si pretendemos ser cristianos, entonces, hemos de seguir a Jesús. Pero no *religiosamente*, sino con sencillez y humildad. Reconociendo que todo lo que sabemos o pensamos saber, todo lo que experimentamos y vivimos en relación con Dios, se manifiesta como legítimo y conforme al Espíritu de Cristo en esto: en que nos lleve a ver al prójimo como lo veía Jesús.

—D.B.



Respuesta a la oración

Daniel Costas

A finales del año pasado, Gerrit, en una conversación, me dijo lo importante que sería para el y para Teresa, su esposa, el tener un hijo; y me pidió que orásemos pidiendo a Dios que les bendijese con el nacimiento de un hijo/a.

Era un reto interesante: ¿Responde Dios a las oraciones? Pensé que sería una experiencia interesante si como familia nos implicáramos en esta aventura de fe. Por lo que imprimí unas fotos de Gerrit y Teresa y las pusimos en la pared de la cocina, como pueden testimoniar los que pasaron por casa y preguntaban extrañados: ¿Que hacen esos ahí? Cada día cuando agradecíamos a Dios la comida, también pedíamos a Dios que se acordara de Gerrit y Teresa, bendiciéndoles con un embarazo.

A las pocas semanas, empecé a pedir a Dios que les regalase con una niña. Mis hijas me preguntaban: «¿Por que una niña, Papá?» «Pues, si Dios me ha bendecido a mí con dos hijas, es justo, que lo que es

bueno para mí se lo desee a otros», respondía yo entre risas y caras de extrañeza de mi mujer e hijas.

Un día llegó la noticia: «Teresa esta embarazada». Meses más tarde, otra noticia: «Es niña». Seguimos orando para que el embarazo se desarrollara bien y el parto fuera sin problemas.

El viernes 4 de noviembre nacía Sophia en un hospital en Alemania, para alegría de su familia y la nuestra.

El experimento resulto de lo mas interesante y estoy seguro que fue muy enriquecedora para mi familia. (De hecho mi mujer ya ha puesto la foto de otra pareja...)

Ahora mi deseo es que Dios convierta tu vida, Sophia, en una bendición para otros.

[Daniel Costas es miembro de la Comunidad Menonita de Burgos; y Teresa también lo fue hasta que se casó con Gerrit y se fueron a la Alemania natal de él.]

Últimas novedades sobre MERK 2006

Desde la Iglesia Menonita de Barcelona nos informan que es importante que los que piensan asistir se inscriban cuanto antes. Es verdad que hay plazo hasta el 1 de abril, pero cuanto antes se sepa cuántos y quiénes piensan asistir, menos dificultosa resulta la labor de organización para el equipo que trabaja en Barcelona. Por cierto, la matrícula sólo es válida a partir de la fecha del ingreso en la cuenta de banco.

De momento la noticia —quizá un tanto desalentadora— es que a 16 de febrero sólo había unas seis personas inscritas desde España, para un encuentro de varios cientos de europeos, uno de cuyos principales alicientes para venir a Barcelona era conocer a los menonitas españoles. Para ponernos las cosas más fáciles a los que nos queramos apuntar desde España, los hermanos de la iglesia de Barcelona se ofrecen a alojarnos en sus casas, ahorrándonos así los gastos de alojamiento. (Las plazas para esto son limitadas, desde luego, y se adjudicarán a quien primero las pida.)

Estos días (último fin de semana de febrero) el comité organizador internacional tiene su última reunión y ruegan nuestro apoyo con oraciones.

El Congreso Europeo Menonita «MERK 2006» se celebrará en Barcelona, **del 25 al 28 de mayo**. Este evento se celebra cada seis años y en el último, que tuvo lugar en Alemania, se acordó celebrarlo en España. Es la primera vez que se celebra un evento así en nuestro país. El lugar escogido es el auditorio Sant Joan de Déu, que se encuentra en el complejo del hospital con el mismo nombre.

El tema central del congreso es *Libertad es compromiso*, trabajando diferentes aspectos como la diversidad de nuestras comunidades, la gracia, la responsabilidad y el compromiso.

Por tratarse de un congreso de estas características, se espera recibir a unas 500 personas de diferentes países, lo que supondrá una oportunidad de relación y conocimiento.

Sin noticias fehacientes acerca de los secuestrados

Al cierre de esta edición (18 de febrero), casi tres meses desde el secuestro del que informamos en *El Mensajero* de enero, se sigue sin tener noticias claras acerca de los cuatro cooperantes de Equipos Cristianos de Acción por la Paz (ECAP). En las últimas semanas se los volvió a ver en un vídeo difundido a los medios de comunicación árabes, donde se reiteraban las demandas de los secuestradores. Ante especulaciones en la prensa egipcia de que estaban siendo retenidos por chiítas porque colaboraban exclusivamente con suníes (lo cual ECAP ha desmentido como falso) o que la propia CIA podría estar detrás del secuestro, ECAP ruega sobriedad y mesura. El caso es que lo único que se puede hacer es seguir intercediendo en oración.

El programa es el siguiente:

El culto oficial de apertura es el viernes por la noche, con una predicación de Dionisio Byler (España) sobre el texto de Santiago 1:25, con el título «Libertad es diversidad».

El sábado habrá un estudio bíblico: «Libertad es gracia y responsabilidad», a cargo de Antonio González (España), sobre el texto de Santiago 1:25; luego también un programa en plenario y grupos de trabajo.

Por la noche está previsto un festival de celebración de la diversidad europea.

El congreso concluye el domingo con un culto de Santa Cena, donde predicarán Corinna Schmidt (Alemania) y Marion Bruggen (Holanda) sobre el texto de Romanos 12:2, con el título «Libertad es compromiso».

Habrán dos sesiones de talleres.

Los talleres suman un total de 26, en varios idiomas. En español, los talleres sobre «Formas creativas de manejar violencia y reconciliación», «Danza meditación», «La voluntad de Dios», «Preguntas éticas vinculadas con la eutanasia», «Trabajo social con personas discapacitadas», «Cantar juntos», «Ética neotestamentaria e importancia social del cristianismo» y «Llamados a ser pacificadores».

También están programadas toda suerte de actividades para los **jóvenes** y **niños** de todas las edades.

Coste del Congreso

El Congreso tiene un coste de 85 €

Los niños y jóvenes hasta 18 años no pagan inscripción.

Además, el alojamiento con desayuno incluido en el albergue, en habitación para dos o más personas, cuesta 25 € por día. Jóvenes hasta 18 años, 15 € Niños hasta 12 años, 8 €

Comidas y cenas estilo buffet libre en el lugar del congreso, a 16 € cada una. Niños hasta 12 años: 7,50 € y jóvenes hasta 17 años, 10 €

Para más información: José Luis Suárez – joselsuarez@arrakis.es

Noticias de nuestras iglesias

Encuentro de líderes de la AMyHCE

Málaga, 21-22 enero — La reunión anual de pastores y líderes de las iglesias menonitas y de Hermanos en Cristo en España se reunieron este fin de semana en las afueras de Málaga. El motivo principal de reunirnos allí fue el de estudiar con los hermanos del pequeño grupo que se ha establecido en Málaga, la posibilidad de que nuestro próximo VIII Encuentro Menonita Español se celebre con ellos allí.

Esto es, en efecto, lo que se decidió, procediéndose a una «tormenta de ideas» para el programa de este encuentro bianual, que se celebrará durante el puente del 12-15 octubre, teniendo en cuenta que algunos no podrán hacer puente y llegarán el viernes por la noche o el sábado de madrugada. Es decir que habrá dos programas concéntricos, uno más extenso, relajado y distendido para los que se puedan tomar el puente entero, otro más apretado para los que sólo se pueden permitir el sábado y domingo.

El enfoque que se dará al 8ª EME será la idea es «volver a lo esencial» en la fe. Para ello, en lugar de traer un orador especial, haríamos una especie de ejercicio o disciplina de centrarnos en Jesús, permitiéndole sanar nuestras heridas y capacitarnos para una evangelización integral, que es un anuncio de salvación y salud para la persona entera.



Uno de los aspectos más importantes de la reunión de líderes de la AMyHCE este año, fue el de disponer del tiempo suficiente y necesario para poder interceder unos por otros en oración, y en oración especialmente por cada una de nuestras iglesias locales. A ello contribuyó en gran medida el nuevo formato de la reunión, que ahora es de 24 horas, integrando en ella la asistencia a la reunión semanal de la iglesia anfitriona..

Fundación y edificación

Barcelona, febrero — Gracias al nuevo plan estratégico de la ciudad de Barcelona para la zona donde está situada la propiedad de la Comunidad, hay ofertas muy interesantes de constructores para adquirir esas tierras. Con el dinero recaudado se piensa que será posible construir un edificio multiusos, en el que sería posible alojar la Iglesia Menonita de Barcelona, el Hogar de Paz para ancianos, y el Hogar Betania para disminuidos. Y para gestionar todo esto se está creando una Fundación que velará por los intereses de las tres instituciones. De todo esto sin duda nos informarán oportunamente y con mayor detalle.

Es un motivo de gratitud al Señor, puesto que la iglesia y los dos hogares estaban claramente necesitados de mejores instalaciones. Por otra parte es un motivo de oración e intercesión, puesto que las sumas de dinero son importantes, las responsabilidades pesan, y es necesario contar con la ayuda y la sabiduría de Dios en todas las decisiones.

Los libros de la Biblia

Abdías, Nahum, Habacuc y Sofonías

Los escritos sagrados de los judíos se conservaban en grandes rollos de pergamino. El rollo consistía de rectángulos de pieles de oveja raídas, adobadas y estiradas hasta quedar tan finas que eran casi transparentes. Se cosían en disposición horizontal hasta llegar a tener una longitud considerable. Se escribía sobre ellos con tinta y pincel en columnas de un ancho manejable y se enrollaban hacia el centro sobre sendas varas sujetadas a los extremos. La colección de los «Profetas Posteriores» consistía en cuatro de estos rollos, en el último de los cuales venían doce documentos conocidos como los «Profetas Menores» —menores en extensión, se entiende, no en edad ni en importancia. Ya hemos tratado sobre Oseas, Amós y Miqueas, tres de esos doce documentos. Ahora abordaremos otros cuatro: Abdías, Nahum, Habacuc y Sofonías.

Abdías es el más breve, con sólo 21 versículos; y viene entre Amós y Jonás. Nahum, Habacuc y Sofonías vienen juntos (entre Miqueas y Hageo), y constan de sólo tres capítulos cada uno.

Abdías es una serie de maldiciones y reproches dirigidos contra la nación vecina de Edom, tratada aquí de nación «hermana» pero que a pesar de esos vínculos ha traicionado a los judíos e israelitas, participando en el saqueo de su destrucción.

Es notable que mientras Abdías da voz a sentimientos de rabia, rencor, ira y tal vez odio, en absoluto emprende el siguiente paso, el de la instigación a la violencia, el llamamiento a levantarse en armas para vengarse de conductas tan reprochables. Sencillamente vaticina que un día cambiarán las tornas. Dios reivindicará a los que ahora sufren mientras que a los que hoy ríen, mañana les tocará llorar. Israel y Jerusalén se restablecerán y entonces «el reino será del Señor», palabras con que concluye el documento.

Nahum tiene bastantes parecidos, aunque ahora la que se lleva las broncas es la ciudad de Nínive, capital de Asiria.

Estos libros nos enseñan que hay que respetar los sentimientos de rabia, impotencia, odio y rencor, de los que han sido víctima de violencia inaceptablemente terrible, sanguinaria, implacable y feroz. Pedirles que perdonen sin darles oportunidad de siquiera expresar esos sentimientos sería redoblar la violencia sufrida. Sería ponerse de parte de los violentos, hacerse cómplices de sus crímenes. Pero resulta curiosa la forma que toman estos vituperios y maldiciones. Porque a pesar de lo oscuro de sus sentimientos, las palabras de Nahum alcanzan una belleza poética. Hipnotizan con el ritmo de sus versos y estrofas de maldición, transformando el horror de lo vivido en belleza de palabras inolvidables mientras dejan constancia, para el futuro, de injusticias padecidas pero jamás aceptadas.

Habacuc consiste en una especie de diálogo entre el profeta y el Señor. El profeta se queja de la injusticia y violencia que padece el mundo y Dios le cuenta que está preparando a los babilonios para castigar a los opresores. Luego Habacuc se queja de que ahora los babilonios han resultado ser inaguantablemente violentos, injustos y sanguinarios. El Señor anima a Habacuc a pensar que aunque la justicia parezca tardar, sin falta llegará. La respuesta del Señor se alarga y extiende, hasta hacerse aplicable a otras situaciones de injusticia, que no sólo la opresión de las naciones victoriosas en guerra. En este discurso Dios mismo toma la palabra contra los asesinos, contra los violentos, los injustos, los que se aprovechan del mal ajeno, contra los tiranos, contra los que construyen la civilización a sablazo y con sangre. Por último Habacuc ya ni cuestiona ni protesta sino que pronuncia una oración de confianza en la intervención divina.

Aunque todo parezca indicar lo contrario, Habacuc está dispuesto a creer que Dios es bueno y que hará prevalecer el bien.

Sofonías es el único de estos cuatro documentos que sitúa las palabras del profeta en un momento histórico concreto, a saber, poco antes de la destrucción de Jerusalén. Como sus contemporáneos Jeremías y Ezequiel, Sofonías tiene claro que el juicio de Dios caerá sobre Judá y su capital Jerusalén. Se acerca «el día del Señor», pero ese día no será de salvación sino de castigo. Y como Jeremías y Ezequiel, Sofonías tiene claro que la limpieza que Dios está empezando en su propia casa, se extenderá también a las naciones vecinas, que no son mejores que Judá y acaso sean peores. Y por último y también como sus contemporáneos Jeremías y Ezequiel, Sofonías tiene claro que la destrucción de Jerusalén y el destierro de su población, que parece algo tan definitivo, no puede ser la última palabra. Dios al final ejercerá de Salvador, de restaurador y de perdonador. Volverá a reunir a su pueblo y por fin habrá paz y justicia en la tierra.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org